

PRESAGIO DE CARNAVAL

Liliana Bodoc



El día que Mijaíl preguntó por Ángela y el carnaval, Sabino escuchó el retintín de la desgracia, el cencerro de la muerte. Bien sabía que cuando la tragedia se pone en movimiento ya no hay quien la detenga, porque cada elemento forma parte de su maquinaria.

Una plaza en la parte vieja de la ciudad. Un vendedor de yuyos que llegó desde Bolivia huyendo de la miseria. Una muchacha que no pudo vivir más allá ni más acá de su hermosura. Un vendedor de harinilla que se dejó ganar por el rencor. Y el carnaval en el barrio de San Pedro, saturado de humo de frituras y de ensueños. Campo de batalla contra la muerte entre guerreros coloridos y emplumados. En donde caen las máscaras sociales y todos son iguales. Por un rato.

Norma

www.librerianorma.com
www.kapelusznorma.com.ar

CC 29005962
ISBN 978-987-545-610-5



ZONA
LIBRE

PRESAGIO DE CARNAVAL

Liliana Bodoc

BOI
863
3504

Norma

ZONA
LIBRE

PRESAGIO DE CARNAVAL

Liliana Bodoc



LIBRACOS
CORRIENTES 282
TEL.: 4423662 - NEUQUEN

**ZONA
LIBRE**

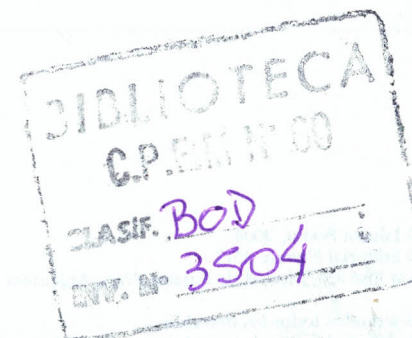
Presagio de carnaval

LILIANA BODOC

Liliana Bodoc

Nació en Santa Fe en 1958. Luego de cursar la Licenciatura en Literaturas Modernas de la Universidad Nacional de Cuyo, se dedicó a la docencia y a su taller de narrativa. Junto a estas actividades, fue desarrollando una notable tarea como escritora. Por su obra fue nominada al Premio Hans Christian Andersen además de recibir innumerables galardones tanto locales como internacionales.

De su autoría, Editorial Norma ha publicado, en la colección Novela Gráfica, *El rastro de la canela* y, en la colección Torre de Papel, *La mejor luna y Reyes y pájaros*.



Norma

www.librerianorma.com
www.kapelusznorma.com.ar

Bogotá, Buenos Aires, Caracas,
Guatemala, Lima, México, Panamá, Quito,
San José, San Juan, Santiago de Chile

Bodoc, Liliana
Presagio de carnaval. – 2da ed. – Buenos Aires :
Editorial Norma, 2013.
96 p. ; 21x13 cm. (Zona Libre)

ISBN 978-987-545-610-5

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título.
CDD A863

ÍNDICE

I	9
II	39
III	81

© Liliana Bodoc, 2008
© Editorial Norma, 2013
San José 831, Ciudad de Buenos Aires, Argentina

Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
sin permiso escrito de la editorial.

Impreso en la Argentina – *Printed in Argentina*

Segunda edición: julio de 2013

Coordinación: Daiana Reinhardt
Diseño de tapa: Marcela Dato
Imagen de tapa: Composición sobre fotografía de Perica
Corrección: Patricia Motto Rouco

CC 29005962
ISBN 978-987-545-610-5

Las tragedias se resuelven en ejemplos. Un tiempo y un espacio escuetos, cifrados, que acaban con una cabeza real ensartada en la pica de la virtud.

Pero ¿es ejemplar una tragedia que enarbola en la lanza no la bendita cabeza de un monarca, sino la cabeza piojosa de un vendedor de yuyos?

Este es el lugar en el que ocurrieron los hechos.

Una plaza en la zona antigua de la ciudad, donde, desde hace años, han tomado la costumbre de reunirse los vendedores de malas joyas y baratijas. Poco hay aquí que pueda

señalarse como bello. Ni alfarerías prodigiosas ni monedas de una sola cara; nada que obligue al caminante a volver sobre sus pasos. Ningún metal que revele pasión, fe o desvelos de quien lo cinceló.

Dicen los mercaderes, lo dicen desde que atravesaban el mundo en caravanas, que los hombres actúan como dioses cuando eligen comprar objetos que jamás les pertenecerán del todo. Por ellos cualquier pago resulta proporcionado y justo. Pero nada de eso hay aquí, en el espacio vulgar de esta tragedia.

Por las veredas laterales de la plaza transitan hombres erráticos sin dispensas ni acreditaciones. Algunos esconden, otros ofrecen. Y hay otros que ofrecen lo que esconden.

✧ Señalo a Sabino Colque, yuyero. Un hombre que pretendió escapar de la miseria. Para lograrlo, viajó a tirolnes desde Bolivia. Partió de Tarabuco, subió a un tren, descendió, durmió volcado sobre su bolsa. Subió a un colectivo polvoriento, descendió, esperó la noche entera. Compartió el remolque de un camión con catorce cerdos blancos, descendió, esperó, lloró la noche entera. Fue simple para la desdicha, que monta en caballo prodigioso, volver a darle alcance.

✧ Señalo a Mijaíl, el hombre pelirrojo y fuerte que miente como si hablara. El que vende harinilla prohibida y multiplica por mil los hechos y las cosas. Mijaíl alardea con la historia de su padre. Le gusta contar que su padre llegó al barrio de pobres con un par de zancos, con libros, con un alias de guerra. A Mijaíl le gusta hablar de su padre, aunque también le gusta olvidarlo.

✧ Señalo a Ángela, la mujer que creía que casi todas las cosas del mundo eran bellas: las bicicletas, su madre muerta, las latas de té con diseños antiguos. Ángela aprendió a bailar frente a la luna del espejo, en el dormitorio de sus padres. Con el tiempo, Ángela adelgazó. En cambio no adelgazó su imagen.

Señalo a Ángela, la que no pudo vivir ni más acá ni más allá de su hermosura.

Señalo el espacio de la tragedia. Una plaza en la zona antigua de la ciudad.

Y señalo el tiempo. Anochecer de verano con un resto de viento colgado de los árboles. Ni suficiente luz para verlo todo ni suficiente penumbra para ocultarlo. Y después, el dolor de un yuyero boliviano. Asuntos todos que exigen versos.

Esta tragedia, como cualquier otra, no fue resultado de una contingencia. Comenzó cuando, anunciando la llegada del hombre, un macho cabrío coceó la tierra y cantó.

INo era una cita. Más bien un acontecimiento cotidiano en el que nadie ponía especial empeño.

↳ Mijaíl era el primero en llegar. Se sentaba siempre en el respaldo del mismo banco y aprovechaba para limpiar con un retazo de lana las botas marrones, acordonadas, aunque fuera verano. Antes de ese imperceptible acicalamiento, dejaba a un lado el bastidor donde exhibía pulseras de hilo, anillos de coco, aros y colgantes con alegorías para todas las conciencias. Las ventas alcanzaban para reunir las monedas del día.

Por lo demás, Mijaíl tenía trato con algún menudeo que rondaba la plaza en busca de harinilla. Gente que prefería no visitarlo en el barrio de pobres donde vivía porque creía más seguro camuflar el comercio clandestino en la arena circense de aquella plaza, donde la mirada policial era amigable con Mijaíl.

↳ Sabino Colque llegaba después, llamando a su perro.

↳ -Véngase, mi Primo. Véngase.

El llamado era tan insistente como innecesario porque Primo nunca se alejaba del yuyero boliviano más que el espacio y el tiempo de un silbido.

Una tarde, el perro se le había pegado a los talones para no irse nunca. Por causa del animal, Sabino debía caminar veinticuatro cuerdas contadas hasta la pensión donde se alojaba cuando, alguna vez de lluvia o frío, hubiese podido pagar un pasaje. Pero siempre era mejor caminar veinticuatro cuerdas, con dos sombras y seis patas, que viajar en soledad de cara a un vidrio sucio.

↳ Ese día, como otro cualquiera, Sabino Colque llegó a la plaza, se sentó junto a los pies de Mijaíl y abrió la valija donde vivían sus yuyos. Purga del vientre, para cuando nos duele nuestro pecho, contra las bubas esponjosas, contra el hipo.

↳ Sin embargo, aquel no sería un día como todos. Por muchas y fuertes razones, Mijaíl y Sabino Colque hablaban sin quitar los ojos de la fachada blanca de *Lyon*. Ropa de mujer, un negocio aceptable, justo cruzando la calle angosta y poco transitada, con dos vidrieras pequeñas y piso de tablones lustrados, que comenzó como pasatiempo de una

señora aburrida y se asentó con el buen gusto de su dueña más las facilidades de pago que otorgaba a sus clientes.

-¿Por dónde anduviste, yuyero?

-Yo -contestó Sabino-, donde siempre.

Con esa pregunta Mijaíl invertía la realidad, porque era él quien había desaparecido del circuito de venta durante tres días. Lunes, martes y miércoles sin aparecer por la plaza.

↳ -Anduve ocupado -dijo el vendedor de harinilla. Y aclaró-: Te preguntaba por el domingo. ¿No es que los bolivianos tenían carnaval?

-Ah... Estuve por San Pedro -el mentón agudo del yuyero señaló el sur.

Entonces Mijaíl se rascó entre las piernas para expresar el gusto. Y se rió un largo rato durante el cual Sabino se fue con el pensamiento, y no porque la risa de Mijaíl le molestara, sino porque no la comprendía.

-A ver la lengua, yuyero -pidió Mijaíl.

A Sabino Colque le resultaba difícil obrar cuando no entendía el motivo.

-¿Para?

-Para ver si Ángela te arrancó un pedazo.

Fue entonces cuando Colque escuchó por primera vez el retintín de la desgracia. La muerte usa cencerro, eso lo sabía Sabino. Cosa de cada quién hacerse el sordo.

Mijaíl se agarró del respaldo y se inclinó hacia atrás en una pirueta infantil que pretendía, quizás, suavizar la traición que se ocultaba detrás de sus comentarios.

-¡Así que te la volteaste en el carnaval!

Mijaíl habló. Lo hizo sabiendo que era inútil pretender que el yuyero dijera una sola palabra sobre Ángela y el

carnaval boliviano. Pero iba a hablar, seguiría hablando sin cesar para no arrepentirse de lo que estaba hecho.

-¡No se cree, yuyero! No se puede creer...

Mijaíl no entendía cómo Ángela se había desabrochado para el yuyero de Bolivia cuando ella era un animal de terciopelo. No linda... Linda era Graciela, linda es cualquiera si uno está solo y lleno de piojos. Ángela no... Ángela era para besarla en papel de revista.

-No se cree, Sabino. No se puede creer.

Sabino Colque dijo que nada de eso era cierto, ni voltearla en el carnaval ni desabrocharse para él. Nada de eso era cierto, todo era otra cosa. Y había que estar en San Pedro cuando pasaba la procesión para entender las alteraciones de la gente y de los cuerpos.

-¡Ahora te aparecieron las ínfulas de brujo! -dijo Mijaíl-. Despacio, Colque, que en esta ciudad los brujos no asustan a nadie. Puede ser que en Bolivia, pero aquí...

Mijaíl arremetió con su perorata para no escuchar la versión del yuyero, porque si la escuchaba era posible que también empezara a creerla. Y eso ya no tenía ninguna utilidad. Lo hecho, hecho estaba.

Mijaíl sabía que era mucho mejor seguir pegado a las palabras de Graciela que atender las explicaciones de Colque. ¡Claro que el boliviano iba a defenderse! Si además estaría bien arrepentido de ese oscuro asunto del bailecito... Bailecito en San Pedro. San Pedrito para tocar los culitos de las cholitas. Sabinito. Yuyerito. Bolivianito.

➤ Sabino Colque había nacido en Tarabuco, un terrón fácil de desmenuzar entre los dedos, una localidad de la Bolivia que, a veces, no tenía razón de ser.

Formó parte de una familia numerosa en sirvientas honradas, fecunda en trabajadores golondrina. Una parentela pobre que, sin embargo, logró destacarse entre el resto de las que habitaban la barriada gracias al renombre de sus sanadores.

Los Colque fueron una familia de miramiento y aprecio entre la apretada comunidad en la que vivieron; en la que aún vivían, perdidos ya el crédito y la reverencia que habían inspirado los tíos Colque, sanadores.

Durante su infancia Sabino presencié, muchas veces, curaciones de enfermedades frías y calientes. Los enfermos llegaban hasta la casa de los Colque por sus propios medios, o cargados por sus familiares cuando la gravedad del caso no permitía otra cosa. Casa de piedra, oscura, donde vivían los tíos sanadores y sus muchos parientes.

No había ocultamientos porque a nadie le parecía mal que un niño presenciara una ceremonia de curación. Sabino observaba a sus tíos, los escuchaba.

El sanador se dirige cortésmente al dolor, reclamándole el daño que le causa al vientre. Si el dolor no escucha, el sanador amenaza con enviarle las sustancias que ya quieren entrar al cuerpo del enfermo para cumplir con su obligación. Y supiera el dolor que se le daba la oportunidad de partir por su propia voluntad. Supiera el dolor que el sanador lo respetaba y por eso mismo le advertía y le daba oportunidad de marcharse por sus propios pies.

En las últimas generaciones la decadencia fue ganando territorio en toda la barriada tarabuqueña, y también